

# Un día a la vez

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Así que no os angustiéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia preocupación. Basta a cada día su propio mal” (Mateo 6:34).

**HAY QUIENES** sugieren que sufrimos porque nos falta fe. La vida me enseña que la fe en Dios no hace que mis problemas o mi sufrimiento desaparezcan, sino que me ayuda a vencerlos. Las Escrituras enseñan que no hay que vivir más que un día a la vez (ver Mat. 6:34). Si pensáramos que todos los días iban a ser iguales, nos desesperaríamos.

Mientras dirigía unas charlas en una reunión campestre, visité un cementerio cercano del siglo XVII. Yendo de una tumba a otra, me conmoví profundamente. Fue impresionante observar que, aunque algunos de los que ahí yacían habían muerto a una edad muy avanzada, la muerte había sorprendido a la mayoría en su juventud. Muchos de ellos habían sido sepultados a los treinta, los cuarenta o, como mucho, los cincuenta años de edad. Asimismo, también pude ver que había muchos niños. Una inscripción sobre la tumba de un niño de 12 años de edad decía que había muerto mientras nadaba en el río. Apenas pude imaginar el dolor de sus padres.

Esta vida es sufrimiento y, finalmente, muerte. Si eso fuera todo, la vida no sería más que una macabra burla. Sin embargo, al abrir el corazón a Dios en oración, aunque el presente parezca sombrío (como en el caso de Jesús en Getsemaní), podemos mirar a un más allá espléndido y, con el apóstol Pablo, decir: “Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Rom. 8:18). Más que someternos a la voluntad de Dios, estaremos de acuerdo con él porque “fiel es el que prometió” (Heb. 10:23).

Es una lástima que, al hablar de calamidades, las achaquemos a la voluntad de Dios. La oración debería hacernos crecer hasta que veamos la voluntad de Dios como una victoria y no como una derrota. Una vez me hablaron de una mujer que estaba encantada de que Dios no respondiera a sus oraciones de la manera que ella quería porque entonces estaba segura de que se hacía la voluntad de Dios y no la suya.

Sus caminos no son nuestros caminos; son mejores.

## Cuando “no” quiere decir “sí”

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“De cierto, de cierto os digo que todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará” (Juan 16:23).

**UN DÍA** Joni Eareckson decidió ir a nadar. Saltó de cabeza desde un embarcadero y se dio un fuerte golpe contra el fondo de la bahía. De pronto, dejó de sentir los pies. De hecho, no podía sentir nada. A partir de ese momento, su vida cambió. Pero no solo cambió la vida de Joni, sino también la de muchos otros, porque Dios respondió a sus oraciones de una manera que ella jamás imaginó.

Joni, su familia y sus amigos oraron pidiendo un milagro. Pidieron que, de algún modo, se recuperara y pudiera dar un testimonio por el Señor que alcanzase a otros. En aquel momento, la respuesta pareció ser negativa; pero ahora, volviendo la vista atrás, se dan cuenta de que en realidad la respuesta fue: “Sí”. Joni atestigua que gracias a su tetraplejía ha influido en más vidas que si hubiera recuperado la movilidad.

La manera en que llevamos nuestras peticiones más urgentes a Dios no deja de ser algo curioso. A menudo nos acercamos a él de una forma que jamás consideraríamos si se tratara del médico de cabecera o del mecánico. Pero cuando se trata de los problemas de la vida, los pobres mortales tendemos a autodiagnosticarnos y automedicarnos. Tratamos de manejar los asuntos por nosotros mismos y, si eso no funciona, se los llevamos a Dios en oración. Luego tenemos el descaro de pretender convencerlo de que nuestra solución es la adecuada y de que él tiene que hacer lo que le proponemos.

Pero, ¿no podría ser que nuestro autodiagnóstico previo está equivocado? Y si no es así, quizá sea que el remedio que nos hemos prescrito no era el más conveniente. No nos sorprendamos; Romanos 8:26 nos dice que no sabemos pedir como conviene. A menudo, si bien puede parecer que Dios ha rechazado nuestras oraciones, puede ser que solo haya rechazado la forma en que insistimos en que nos respondiera...

¿Cuál es la mejor manera? Antes de sospechar que Dios no ha respondido a nuestras oraciones, es preciso que comprobemos si, de hecho, movido por su bondad, no nos ha dado más de lo que le pedíamos.

# Jamás se dé por vencido

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Velad, pues, orando en todo tiempo que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del hombre” (Lucas 21:36).

**HAY MUCHOS** casos en los que, al parecer, Dios dijo “no” a las peticiones de los hombres y mujeres piadosos. Y, sin embargo, pasados los años, al mirar atrás, descubrimos que la respuesta, en lugar de un “no” a nuestra pequeña oración, fue un “sí” a los verdaderos deseos del corazón.

Uno de los ejemplos más evidentes recogido en las Escrituras es la oración de Moisés antes de entrar a la tierra prometida. Sin embargo, Dios tenía preparada para Moisés una respuesta que iba más allá de sus sueños más descabellados. Le permitió entrar en la verdadera tierra de promisión, la Canaán celestial; y no solo eso, sino que, alentando a Jesús, participó en la mayor manifestación de la gloria de Dios en el Monte de la Transfiguración.

Más tarde, otro gigante de la fe, el apóstol Pablo, oró pidiendo a Dios que lo sanara. La respuesta aparente a su oración fue un “no”, pero el tiempo puso de manifiesto que la oración contestada fue la del corazón de Pablo (ver 2 Cor. 12:7-9).

En mi vida ha habido varios períodos en los que, desesperado, me he vuelto a Dios. Aunque a veces respondiera con un “no” a la letra de mis oraciones, está claro que sí respondió a su espíritu.

Dios contesta las oraciones de diferentes maneras. A veces, sencillamente dice “sí”. Cuando esto sucede, de inmediato nuestra fe se fortalece y nos sentimos mejor. Otras veces, aunque la respuesta sea afirmativa, quizá venga con retraso o de un modo que no esperamos.

Y, seamos sinceros, hay ocasiones en que parece responder con un “no”. Pero luego, mirando atrás, vemos que en realidad era un “sí”.

En cierta ocasión, mientras dirigía un seminario en una reunión campestre, un matrimonio del público captó mi atención. Parecía que, mientras yo predicaba, el esposo sorbía todas y cada una de mis palabras. Tenía una sonrisa permanente en el rostro. Al cabo de uno o dos días, la esposa me explicó que su esposo se había bautizado hacía poco tiempo... ¡después de que ella orara por él durante 52 años! Lo que había parecido un rotundo “no” a las oraciones de la esposa, con el tiempo, devino en un glorioso “sí”.

# Una pizca de prevención

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Velad y orad para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mateo 26:41).

**VALORO MI CASA** porque es la mayor inversión que jamás he hecho. Por tanto, hemos protegido la instalación eléctrica con fusibles para que se fundan si se produce un cortocircuito en algún punto de la misma. Por la misma razón, también tenemos contratado un servicio de control y exterminio de termitas.

Probablemente usted piense lo mismo de su casa. Algunos han instalado sensores de humo que detectan cuándo hay un incendio; otros aseguran la puerta con cerraduras de seguridad y candados y protegen las ventanas con rejas. Algunos propietarios instalan complejos sistemas de seguridad que disparan una alarma cuando se abre una puerta o una ventana o cuando detectan movimiento en una habitación.

Los bancos tienen barreras a prueba de balas entre el cajero y los clientes, mientras que, de vez en cuando, la policía estaciona sus vehículos delante de la oficina. Aunque en las instalaciones no haya ningún empleado, el vehículo policial es una buena medida disuasoria para los posibles ladrones.

Los aviones militares llevan a bordo equipos de alta tecnología que detectan cuándo el aparato está siendo “copiado” por un rayo de radar que sirve de guía a un misil. Parece que, en nombre de la prevención, la humanidad ha emprendido un camino sin fin hacia extremas y costosas medidas de seguridad.

La vida cristiana está llena de peligros. Desde aquellos lejanos tiempos de la era no tecnológica, el escritor bíblico nos exhorta a mantenernos en guardia: “Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Ped. 5:8).

Quizá para nosotros esa ilustración no tenga demasiado sentido. Personalmente, nunca he sido amenazado por un león que ande suelto. Sin embargo, por desgracia, todos entendemos la palabra “terrorista”. Si el apóstol Pedro escribiera hoy, quizá dijera: “No bajen la guardia porque su enemigo, el diablo, es un terrorista que...”.

Esta promesa es para usted: “Cristo dará fuerza a todos los que se la pidan. Nadie, sin su propio consentimiento, puede ser vencido por Satanás. El tentador no tiene el poder de gobernar la voluntad o de obligar al alma a pecar. Puede angustiar, pero no contaminar. Puede causar agonía, pero no corrupción. El hecho de que Cristo venció debería inspirar valor a sus discípulos para sostener denodadamente la lucha contra el pecado y Satanás” (*El conflicto de los siglos*, p. 500).

# Victoria sobre la tentación

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Jehová, oye mi oración, escucha mis ruegos. ¡Respóndeme por tu verdad, por tu justicia!” (Salmo 143:1).

**NO HAY VICTORIA** sobre el pecado sin victoria sobre la tentación, que empieza cuando suplicamos a nuestro Padre celestial que no permita que nos expongamos innecesariamente al mal en cualquiera de sus muchas y variadas formas.

En este preciso instante la experiencia ya debería habernos enseñado que Satanás puede tomarnos por sorpresa. En el preciso instante en que nos ponemos en guardia contra un ataque por la derecha, él nos embiste por la izquierda. La tentación es una realidad. Si Jesús tuvo que enfrentarse a la tentación, ¿por qué no íbamos nosotros, que somos infinitamente más débiles, a tener que hacerlo? Cuando no ponemos cuidado en evitar aquello que, unido a nuestra debilidad, pueda contribuir a nuestra caída, incrementamos sobremedida nuestros sufrimientos.

En la vida, el cristiano se tendrá que enfrentar a muchas cosas que, aun siendo lícitas en ellas mismas, no son convenientes. Para Eva, acercarse al árbol de la ciencia del bien y del mal no era ilícito, pero sí inconveniente. ¿Qué padre no ha tenido que recordar a sus hijos que no deben jugar en la calle? ¿Acaso jugar en la calle es peligroso? En sentido estricto, no. Jugar en la calle no es más peligroso que jugar en la zona recreativa. El peligro procede de los automóviles que circulan por las calles.

En el peregrinaje del cristiano, los viajeros experimentados conocen los peligros. Son conscientes de sus propias debilidades y ponen cuidado en evitar los riesgos innecesarios que pueden traer dolor y remordimientos. Con la oración nos mantenemos alerta ante la posibilidad de ser tentados y pecar.

¿Podría ser que, a pesar de que afirmemos que oramos para vencer la tentación, a menudo lo hagamos demasiado tarde? ¿Ora por la mañana? La oración de la mañana es la del vencedor, porque en ella nos ponemos de todo corazón al lado del Señor.

Si todavía no tiene esa costumbre, procure que entregue el corazón a Jesús sea lo primero que haga por la mañana. Eso lo dirigirá y le marcará un objetivo para todo el día. Pero recuerde: Jesús nos dice que, además de orar, tenemos que vigilar. Más tarde, a lo largo del día, si aparece una tentación imprevista en nuestro camino, distinguiremos mejor el peligro y, al pedir a Dios que nos libre, experimentaremos el gozo del vencedor.

# Las palabras adecuadas

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“No escondas de mí tu rostro en el día de mi angustia; inclina a mí tu oído; apresúrate a responderme el día que te invoque”  
(Salmo 102:2).

**¿ACASO DIOS**, para respondernos, espera que recitemos una determinada oración de un modo específico?

Cuando iba a la escuela, solía jugar a un juego que se llama “Mamá, ¿puedo?”. Lo primero que hacíamos los niños era elegir a una “madre” y, luego, el resto se alineaba junto a la salida. El objetivo era ver quién podía llegar el primero a la “madre”. La “madre”, por turnos, le decía a cada uno cuántos pasos y de qué tipo podía dar en su dirección; por ejemplo: “Puedes dar cinco pasos de mariposa” o “tres pasitos de bebé” o “dos pasos de gigante”. Pero el requisito para dar cualquier paso era que el jugador tenía que hacer la pregunta: “Mamá, ¿puedo?”. Si un jugador se olvidaba de esa pregunta, era enviado de vuelta al punto de partida.

Al orar, ¿se ha preguntado alguna vez si existe un equivalente a la frase: “Mamá, ¿puedo?”, o cualquier otra expresión infantil por el estilo que tengamos que decir para que Dios nos responda? Últimamente, se ha tendido a convertir la oración en una técnica. Si uno quiere obtener los mejores resultados, tiene que pronunciar ciertas palabras, de un modo determinado y en un lugar preciso.

Muchas veces, durante nuestro ministerio en el sur de Asia, vimos que, desde lo alto de las colinas, ondeaban banderas de oración. Las oraciones estaban escritas en pedazos de tela que, como si de banderas se tratase, habían enarbolado en un palo o atado a una cuerda. Los lugareños creen que, cuando el viento sopla y hace ondear las banderas, lleva las oraciones al cielo. Otro método de oración empleado en aquella zona es escribirlas en una tira de papel que se enrolla en un cilindro que se hace girar una y otra vez, siendo cada vuelta una repetición de la oración.

Hace unos años se publicó un libro sobre oración del que se vendieron millones de ejemplares. En el libro el autor incluía una oración poco conocida de la Biblia que, según él, era preciso repetir palabra por palabra. Afirmaba que hacerlo había revolucionado su vida y su ministerio.

Una oración “modelo” no es lo mismo que una oración “representativa”. Jesús nos dio una oración modelo. Dijo: “Sean sus oraciones parecidas a esta”. No dijo: “Reciten esta oración”. Dios quiere escuchar nuestras oraciones, no las oraciones de otras personas memorizadas.

# Una vez; y otra; y otra...

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Dios, oye mi oración; escucha las razones de mi boca”  
(Salmo 54:2).

**LA REPETICIÓN**, o el acto de repetir, es común y puede ser utilizado para conseguir un buen efecto. Principalmente, es un método de aprendizaje. Cuando estábamos en las misiones, todos mis hijos tomaron clases de piano. El método docente de sus profesores era un tanto distinto del que yo había aprendido; no obstante, era eficaz.

En lugar de practicar tres canciones cada semana, el profesor les asignaba una sola que tendrían que repetir hasta dominarla. De hecho, podían estar aprendiendo la misma canción durante dos o cuatro semanas, hasta que el profesor estaba satisfecho con la ejecución. Comprenderá que, con cuatro hijos repitiendo una y otra vez la misma canción asignada a cada uno durante cuatro semanas, yo me sintiera aliviado cuando, al fin, pasaban a otra página. Pero creo que la repetición hizo más por ellos que solo enseñarles a tocar el piano. También les enseñó a ser pacientes y a controlarse.

Sin embargo, en ningún lugar de las Escrituras se dice nada en favor de las oraciones repetitivas. En ningún lugar se nos ordena que recitemos la oración de otra persona. Hay quienes afirman que la iglesia cristiana primitiva usó oraciones repetitivas, pero no hay evidencias de que fuera una práctica generalizada hasta que, siglos más tarde, la iglesia se romanizara.

Repetir la misma oración una y otra vez puede provocar que la mente empiece a divagar. Lo que se hace con cierta frecuencia acaba por hacerse sin pensar. Tomemos, por ejemplo, el arte de hacer tejido de punto. Muchas mujeres, vayan donde vayan, llevan consigo una bolsa con hilo y unas agujas, de manera que pueden aprovechar el tiempo mientras esperan en la cola, en la parada del autobús o vigilando a sus hijos en el parque. Son tan expertas que no prestan atención a lo que hacen. Su ritmo es tal que, a medida que el hilo se va entretejiendo, las agujas van tan deprisa que casi echan chispas.

Pero la oración cristiana no debe ser confundida con la magia, que es un intento de manipular una fuente de energía para fines personales. El Dios verdadero no puede ser ni manipulado ni controlado. La creencia de que la mera repetición de una oración hace que sea más eficaz tiene más en común con la magia que con la fe bíblica.

Las fórmulas de oración nunca podrán igualar una conversación de corazón a corazón con Dios. Dios no quiere que oremos como robots. Ábrale a Dios el corazón.

# La hora de la oración

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Claman los justos, y Jehová oye y los libra de todas sus angustias” (Salmo 34:17).

**AL IGUAL QUE** podemos creer que hay una serie de palabras ideales para usar cuando oramos, también es posible que pensemos que conmovemos a Dios si nos pasamos toda la noche de rodillas. Si bien Jesús solía orar toda la noche y muchos grandes hombres y mujeres de Dios hicieron lo mismo, para que Dios nos preste atención, ¿es realmente necesario un maratón nocturno de oración?

Personalmente, no he sido capaz de encontrar ningún texto que enseñe que tenemos que orar durante un tiempo determinado ni a una hora específica del día para que Dios responda a nuestras oraciones. ¿Acaso Dios es más propicio a las oraciones elevadas a las tres de la madrugada que a aquellas que se pronuncian a las cinco de la tarde?

No cabe duda de que las reuniones de oración que duran toda una noche pueden traer grandes bendiciones. Jesús prometió estar presente cuando nos reunamos en su nombre, fuere cual fuere la hora. Sin embargo, Dios no trabaja de nueve de la mañana a cinco de la tarde ni tampoco es más asequible a media noche. La ventanilla de las oraciones está abierta veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Dios escucha cada vez que se lo busca de corazón.

El mayor derramamiento del Espíritu Santo se produjo durante la preparación del día de Pentecostés. El Espíritu Santo se derramó, no porque los creyentes celebrasen un maratón nocturno de oración, sino porque cada uno de ellos buscó personalmente al Señor y preparó su corazón. “Después de la ascensión de Cristo, los discípulos se reunieron en un lugar para suplicar humildemente a Dios. Y después de escudriñar el corazón y de realizar un examen personal durante diez días, quedó preparado el camino para que el Espíritu Santo entrara en los templos del alma limpios y consagrados. Cada corazón quedó lleno con el Espíritu como si Dios quisiera mostrar a su pueblo que era su prerrogativa bendecirlos con la más escogida de las bendiciones celestiales” (*El evangelismo*, p. 506).

“Orad sin cesar” (1 Tes. 5:17) no significa que debemos estar continuamente mascullando y salmodiando. Al contrario, significa que, si la respuesta no es inmediata, no tenemos que abandonar la oración y desanimarnos. “También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar” (Luc. 18:1). La oración es a la vez una actitud y una actividad.



# Tan simple como el ABC

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Oye, Jehová, una causa justa; atiende a mi clamor. Escucha mi oración hecha de labios sin engaño” (Salmo 17:1).

**A VECES** no sabemos qué decir al orar. Esto es comprensible. Usted quiere hablar con el Señor y busca tiempo y un lugar para ello. Inclina la cabeza y... no encuentra las palabras. La mente se le queda en blanco. Las manos empiezan a sudar y el pensamiento divaga. ¿Acaso piensa que es el único? En absoluto; esto nos sucede a todos de vez en cuando.

Al fin y al cabo, entramos en la sala del trono del Dios todopoderoso, Creador del universo. Después de leer las bellas oraciones de David y de Moisés y escuchar las conmovedoras oraciones del pastor y los ancianos, ¿qué podemos decir que sea digno de captar la atención y el tiempo del Señor?

Algunos pueden pensar que Dios es más propicio a las oraciones de unos que a las de otros. Vuelva a leer la lista de los dones del Espíritu: “A uno es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas, y a otro, interpretación de lenguas. [...] Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas” (1 Cor. 12:8-28).

¿Se ha dado cuenta de que la oración no está en la lista? Eso es porque la oración no es un don, sino una actividad. Todos estamos llamados a orar. Existe el peligro de que la oración acabe convirtiéndose en un “departamento” más de la iglesia o sea percibida como algo para unos pocos privilegiados.

La oración no tiene nada que ver con el tiempo, aunque para orar se necesite tiempo. Tampoco tiene que ver con las palabras, por más que expresemos nuestros pensamientos con ellas. La oración es, ante todo, el acto de abrir nuestro corazón a Dios. Su corazón ya está abierto para nosotros. Dios nos llama a todos a orar. Si somos capaces de pensar, podemos orar.

# ¿Hay que esperar un milagro?

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Jehová, Dios mío, a ti clamé y me sanaste”  
(Salmo 30:2).

**AL QUE ESTÁ ENFERMO** y pide ser sanado, si su oración es respondida afirmativamente, le es fácil tener fe. Pero si, habiéndolo pedido, no es sanado, es probable que le resulte difícil tener fe en el poder de la oración. Más de uno ha admitido: “He dejado de orar porque es evidente que Dios no me escucha”.

El novelista y dramaturgo W. Somerset Maugham llegó a esa conclusión cuando, de niño, tartamudeaba. Su tío metodista solía hablarle del poder de la oración, por lo que el joven decidió orar pidiendo ser sanado. Una noche antes de acostarse, Maugham pidió a Dios que lo liberara de lo que para él era una humillación vergonzosa. Mientras oraba, imaginó lo estupendo que sería, por la mañana, mostrar a sus compañeros de clase que era capaz de hablar con toda normalidad como ellos. Se durmió lleno de esperanza. A la mañana siguiente, se vistió rápidamente, bajó corriendo las escaleras y, entrando en la cocina saludó a sus padres, que estaban desayunando, con un sonoro: “Bu... bu... buenos d... dí...as”. En ese preciso instante algo dentro del alma de Somerset Maugham se quebrantó y dejó de orar.

Sin duda alguna, en las Escrituras encontramos extraordinarios ejemplos de milagros que sucedieron en respuesta a una oración. La oración abrió el Mar Rojo. La oración hizo que la roca diera agua y lloviera pan del cielo. La oración consiguió que el sol se detuviera en su camino hacia la puesta. Hizo descender fuego del cielo sobre el sacrificio de Elías. Protegió a Daniel en el foso de los leones y, en el horno incandescente, impidió que las llamas alcanzaran a los tres hebreos.

Los Evangelios y el libro de los Hechos están llenos de historias de milagros realizados por Cristo y sus discípulos. Con todo, los milagros no se detuvieron con los apóstoles. A lo largo de los años ha habido milagros innegables.

Las Escrituras indican que los milagros desempeñarán un papel importante en los acontecimientos del tiempo del fin. Asimismo, advierten que los demonios también obrarán milagros. “Son espíritus de demonios, que hacen señales y van a los reyes de la tierra en todo el mundo para reunirlos para la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso” (Apoc. 16:14).

Un famoso autor de un éxito de librería sobre la oración sugiere que, si orásemos correctamente, tendríamos la posibilidad de obrar un milagro cada día. De ser cierto, nos encontraríamos ante un problema, porque, si los milagros se convirtieran en algo común, dejarían de ser milagros.

¿Hace falta un milagro para creer en Jesús?

# ¿Orar para enriquecerse?

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Otra vez os digo que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios”  
(Mateo 19:24).

**NUESTRAS ORACIONES** reflejan qué nos importa realmente. Si tenemos objetivos materialistas, se reflejarán en nuestras oraciones. En Mateo 6 Jesús nos dice que no tenemos que hacer de los asuntos materiales nuestra principal preocupación. En su lugar, nos exhorta a buscar primero el reino de Dios y su justicia. (Examine sus últimas diez oraciones. Si usted es como muchas personas, probablemente, en la mayoría de los casos tengan que ver con aquello por lo que Jesús nos dijo que no teníamos que preocuparnos).

Si en esta vida los hijos de Dios hubieran recibido la promesa de prosperidad, nuestras oraciones serían una broma de mal gusto. Según ese razonamiento, puesto que la mayoría de las personas de este planeta son pobres, tendríamos que concluir que, o no son hijos de Dios, o él no escucha sus oraciones.

Jesús no tenía nada contra los ricos. Creía que el trabajo duro tiene que ser recompensado. No enseñó que las riquezas sean malas, sino que recordó a quienes lo escuchaban que el exceso de riqueza es peligroso. Jesús advierte que no podemos servir a dos señores. El camino no es buscar el equilibrio de lo material con lo espiritual, sino que es preciso poner las cosas espirituales en primer lugar. “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el moho destruyen, y donde ladrones entran y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el moho destruyen, y donde ladrones no entran ni hurtan, porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mat. 6:19-21).

El dinero se puede transferir de un banco a otro, pero no al cielo. Cuando Jesús nos dice que nos hagamos tesoros en el cielo no nos pide tanto que demos dinero para obras de caridad como que nuestra perspectiva de la vida sea espiritual en lugar de material.

Debemos tener cuidado de no medir las bendiciones de Dios con un criterio material. Algunas personas religiosas poseen automóviles lujosos, visten ropa de diseño y viven en casas lujosas y afirman que Dios les dio todo eso en respuesta a sus oraciones. Ven la fe y la oración como medios de sacar provecho de una “información privilegiada” sobre Dios. Quienes así actúan se encontrarían entre los que Jesús expulsó del templo cuando dijo: “Mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones” (Luc. 19:46).

¿Por qué ora usted, por sus necesidades o por sus deseos?

# Bendiciones de Dios

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Efesios 2:7).

**LA ORACIÓN MODELO** nos lleva de vuelta a lo básico. Se refiere de manera sencilla a nuestras necesidades materiales: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy” (Mat. 6:11). Esta perspectiva no entra en conflicto con el mandamiento de Jesús, según el cual tenemos que buscar primero el reino de los cielos y su justicia.

Si bien podemos orar por lo que es necesario para nuestro sustento, la oración del corazón tendría que pedir las verdaderas riquezas que se encuentran en el Señor Jesucristo. “¡Profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!” (Rom. 11:33).

Nos enfrentamos al tiempo en que las riquezas de este mundo no serán nada. “¡Ay, ay de la gran ciudad, que estaba vestida de lino fino, púrpura y escarlata, y estaba adornada de oro, piedras preciosas y perlas!, porque en una sola hora han sido consumidas tantas riquezas”. Todo piloto y todos los que viajan en naves, los marineros y todos los que trabajan en el mar, se pusieron lejos, y viendo el humo de su incendio dieron voces, diciendo: “¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad? Y echaron polvo sobre sus cabezas y dieron voces, llorando y lamentando, diciendo: “¡Ay, ay de la gran ciudad, en la cual todos los que tenían naves en el mar se habían enriquecido de sus riquezas! ¡En una sola hora ha sido desolada!” (Apoc. 18:17-19).

Probablemente desconozcamos el papel exacto que desempeñará cada uno de los actores que intervienen en el texto anterior, pero el mensaje es claro: Si ponemos nuestra confianza en el dinero y las cosas materiales, podemos perderlos en un instante.

Ahora no es momento de orar: “Señor, dame riquezas”, sino que es tiempo de negarnos a nosotros mismos, de cargar nuestra cruz y seguir a Aquel que lo dio todo por nosotros. Somos extranjeros y peregrinos. Esta tierra no es nuestra casa, estamos de paso. Nuestros tesoros se establecen en algún lugar más allá de las nubes.

Tanto si los bienes de este mundo nos escasean como si nos sobran, pertenezcamos a la clase social que pertenezcamos, como cristianos, el centro de nuestras oraciones tendría que ser el de Moisés, quien tuvo “por mayores riquezas el oprobio de Cristo que los tesoros de los egipcios, porque tenía puesta la mirada en la recompensa” (Heb. 11:26).

No mida las bendiciones que Dios le da según el saldo de su cuenta bancaria. Somos hijos del Rey. Nuestra herencia está en el cielo.

# Ore con alguien

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20).

**NO HAY DUDA** de que, cuando de la oración se trata, en el número está la fuerza. ¿Pero hace falta mucha gente orando para convencer a Dios de que haga lo correcto? Además de ser útil para desarrollar una relación personal y única con Dios, la oración también fue instituida para fomentar la vida comunitaria.

En última instancia, la oración pública tiene como fin llevarnos a la unidad. Antes de llevar a sus discípulos al Getsemaní, Jesús oró “para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en unidad” (Juan 17:21-23).

Vivimos en una sociedad centrada en el yo. Por supuesto que todos somos individuos únicos, pero parece que hemos escogido proteger y enfatizar las diferencias antes que aquello que tenemos en común. Desde el principio, el argumento de Satanás ha sido que la unidad del cielo inhibe el crecimiento personal y la autorrealización y que seguir la propia conveniencia es mucho más provechoso que trabajar para el bien común.

Hoy en día, incluso en la iglesia, se pone el énfasis en la diversidad. Aunque el intento de unirnos en la diferencia es una medida bien intencionada, el resultado es que en unos aspectos parece que está abriendo una brecha entre generaciones, sexos, razas y culturas.

Por supuesto que somos diferentes. Sin embargo, como las piezas de un rompecabezas encajan entre sí para formar un cuadro mayor, es preciso que nos veamos a nosotros mismos no como lo único que importa, sino como parte de una realidad mayor: la familia de Dios. Aunque nunca llegaremos a vernos cara a cara en todos los aspectos, es preciso que lleguemos a la unidad a pesar de nuestras diferencias. Eso se consigue mediante la oración.

En el acto de reconocer una necesidad que usted o la iglesia pueda tener, y orar por ella, yo me uno a usted. “Nadie ora como es debido si solamente pide bendiciones para sí mismo” (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 90).

# Orar juntos

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Así que, lejos de mí pecar contra Jehová dejando de rogar por vosotros; antes os instruiré en el camino bueno y recto” (1 Samuel 12:23).

**LA ORACIÓN EN COMÚN** traerá la unidad y esta se expresará en las palabras empleadas. Un ejemplo negativo lo encontramos en las letras de muchos de los himnos que, semana tras semana, cantamos en la iglesia. Los pronombres que se suelen utilizar son “tú”, referido a Dios, y “yo”, referido a cada uno de nosotros mismos. Parece como si en la adoración solo intervinieran dos personas. Haga la prueba: Sugiera al director de canto congregacional que, cada vez que aparezca la primera persona del singular la cambie por su equivalente en plural. Estoy convencido de que el resultado será sorprendente.

Verá, cuando nos reunimos para adorar al Señor, antes de cruzar la puerta somos “yo” pero, una vez dentro, dejamos de ser un “yo” en singular y pasamos a ser “nosotros”. ¿Cómo es posible que quinientas personas canten alabanzas a Dios al mismo tiempo y en el mismo lugar y usen la primera persona del singular? No es coherente.

Este concepto es aún más importante cuando se trata de la oración. Cuando oramos juntos debemos utilizar el pronombre “nosotros” en lugar de “yo”. Tenga en cuenta que cuando Jesús nos enseñó a orar, nos enseñó a decir: “Padre nuestro”.

¿Por qué no: “Padre mío”? El uso de la palabra “nuestro” descarta cualquier pensamiento de egoísmo o exclusividad. En la oración a solas es “Padre mío”, pero en la oración en común tiene que ser “Padre nuestro”

“Cuando os toque orar en la congregación, recordad que habláis con Dios y que él desea que habléis de forma tal que todos los presentes puedan unir sus súplicas a las vuestras. Una oración expresada en forma tan apresurada que las palabras se confunden no honra a Dios y no beneficia a los oyentes. Es necesario que los ministros y todos los que elevan oraciones en público aprendan a orar de tal manera que Dios sea glorificado y que sean bendecidos los que escuchan. Es necesario que hablen despacio y en forma precisa; en un tono lo suficientemente alto para ser escuchado por todos, de manera que puedan unirse para decir: ‘Amén’” (*Testimonios para la iglesia*, tomo 6, p. 383).

Elija un compañero de oración y oren juntos tan a menudo como sea posible.

# La oración en público

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Por esta razón también oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder” (2 Tesalonicenses 1:11).

**HABLEMOS UN INSTANTE** de la oración en público: algo que es difícil para muchos. Sin embargo, con los ojos cerrados y con los pensamientos puestos en el Señor, es posible dejar a un lado el lenguaje florido y los requiebros retóricos a la vez que se habla desde el corazón. Martín Lutero dijo: “Cuantas menos palabras tenga, mejor es la oración”.

A veces, cuando oramos en grupo, descubrimos que no estamos prestando atención porque nuestra mente está planeando qué decir cuando nos llegue el turno de orar. Suena ridículo, pero quizá estemos pensando en cómo empezar la oración con palabras edificantes. Nos preguntamos cómo usar palabras grandilocuentes y que suenen espirituales. Queremos que nuestra oración sea distinta de la de quienes han orado antes que nosotros y que parezca más importante e interesante. Nuestra cabeza bulle con todo eso mientras la otra persona está orando. No se avergüence, todos somos culpables de lo mismo. Con todo, volviéndonos hacia nuestro interior y haciéndonos conscientes de nosotros mismos nos perdemos una bendición. Tendríamos que escuchar la oración de esa otra persona y unir nuestros pensamientos a los suyos. Luego, cuando llegue nuestro turno, podremos hablar con Dios como con un amigo.

La oración en grupo incluye tanto las que se elevan en grupos reducidos de dos o tres personas como aquellas que se pronuncian una tras otra en grandes reuniones o pidiendo un voluntario. En los últimos años se ha popularizado la llamada “oración en conversación”. En este tipo de oración, el director empieza una conversación con Dios y, luego, algunos voluntarios la continúan. Una característica interesante de este tipo de oración en grupo es que la persona que ora no dice “amén” cuando termina, sino que otro toma el relevo y continúa la “conversación”. Todos los miembros del grupo pueden participar y orar con la frecuencia que deseen. El director suele ser quien cierra la oración y pronuncia el “amén” final.

Si se llevan a cabo correctamente, las sesiones de oración en común pueden ser una experiencia inolvidable y una ocasión en la que se refuerza nuestra relación con Dios y con nuestros semejantes.

Hasta es posible orar por teléfono con el compañero de oración.

# Por pocos o por muchos

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Pero no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos” (Juan 17:20).

**EN UNO DE MIS VIAJES** en avión, junto a mí viajaba un piloto que estaba fuera de servicio. Como era de esperar, acabamos hablando de aviones. En el transcurso de la conversación me explicó que un avión de pasajeros está compuesto de aproximadamente dos millones de piezas que se mantienen en vuelo en formación cerrada. ¡Vaya una imagen tan elocuente!

Cuanto más pensaba en ello, más cuenta me daba de que, por así decirlo, la iglesia está compuesta por piezas y que, al volar hacia nuestro destino celestial, nosotros también tenemos que mantenernos en formación cerrada. Entender la importancia y el verdadero significado de la oración hará que esto sea posible.

¿Cuanta más gente, más fuerza? La respuesta es sí... y no. No, en el sentido de que en Dios se encuentran nuestra fuerza y nuestra madurez. Y sí, porque Dios manifiesta su fuerza a través de la iglesia, su cuerpo en la tierra. A pesar de nuestras diferencias, por medio de la oración nos unimos a él y unos con otros. Cuanto más nos acerquemos usted y yo a Dios en oración, más nos acercaremos uno a otro.

El Señor escucha y contesta las oraciones de uno o dos: “Quizá haga algo Jehová por nosotros, pues no es difícil para Jehová dar la victoria, sea con muchos o con pocos” (1 Sam. 14:6). “En el corazón de Jonatán, un hombre justo, y en el de su escudero, puso el impulso de lanzarse sobre la guarnición de los filisteos. Jonatán creía que Dios podía ayudarlos y salvarlos, ya fueran muchos o fueran pocos. La presunción no lo empujó a correr. Pidió consejo a Dios y luego, con corazón valeroso y confiando solo en él, avanzó. Por medio de aquellos dos hombres el Señor cumplió su obra de sometimiento de los filisteos. Envió a sus ángeles para que protegieran a Jonatán y a su escudero de los instrumentos de muerte que sostenían las manos de sus enemigos” (*Spirit of Prophecy*, tomo 1, p. 358).

Asimismo, el señor escucha y responde las oraciones de muchos. “Así que Pedro estaba custodiado en la cárcel, pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él” (Hech. 12:5).

Dios responde tanto a las oraciones de muchos como a las de pocos, incluso a las de uno.



# ¿Qué puedo hacer para ayudar?

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies” (Mateo 9:38).

**¿CREE USTED** que si hoy dejara de orar eso afectaría a su vida? ¿Qué importancia tiene la oración en su existencia cotidiana? Quizá me responda que se trata de preguntas ridículas porque no podría vivir sin orar. Permítame otra pregunta: ¿Cuál es el motivo de sus oraciones?

La razón de mis preguntas es que la oración puede convertirse fácilmente en una rutina a la que se le presta escasa o nula atención, casi como la respuesta a una tarjeta postal que nos promete algún premio. Si tenemos suerte, cosa que sabemos que no sucederá, ganaremos; si no, no sucederá nada y seguiremos tal como estábamos.

Esto nos lleva a otra pregunta: ¿Es posible orar sin involucrarse personalmente en colaborar para que Dios responda a nuestras oraciones? ¿Es la oración un proceso en el que nos limitamos a enviar nuestras peticiones al cielo para luego dedicarnos a nuestros asuntos? ¿Acaso esperamos que Dios responda a nuestras oraciones usando una varita mágica mientras nosotros nos quedamos de brazos cruzados?

La vida es algo real; por lo tanto, nuestras oraciones tienen que ser también reales. En la vida real hacemos planes y luego los llevamos a cabo. De la misma manera, cuando le pedimos a Dios que haga algo, es razonable que, por nuestra parte, hagamos planes para participar en su respuesta a nuestras peticiones.

En una ocasión Jesús planteó a sus oyentes una pregunta sobre la construcción. “¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla?” (Luc. 14:28). El Señor era un artesano carpintero. Si un cliente le pedía que construyese algo, Jesús sabía qué material, qué herramientas y qué diseño se necesitaban para cumplir sus expectativas.

Nosotros, al orar, también deberíamos calcular los costos. Tendríamos que pensar en qué es necesario de nuestra parte para que el Señor responda a nuestras peticiones. A veces nuestras oraciones son vagas y carecen de sentido. Tendemos a orar hablando en términos generales y, con frecuencia, sin reflexionar sobre aquellas pequeñas cosas a las que Dios recurre para hacer su voluntad.

Me gusta el refrán que dice que la fe es la oración arremangada. Si le pedimos a Dios que haga algo por nosotros, será bueno que estemos preparados para colaborar.

## “Heme aquí”

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Después oí la voz del Señor, que decía: ‘¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?’ Entonces respondí yo: ‘Heme aquí, envíame a mí’” (Isaías 6:8).

**LA PRÓXIMA VEZ** que le pidamos a Dios que bendiga algo o a alguien, ya sea la familia, la iglesia o un campo de misión lejano, será bueno que pensemos cómo lo hará. Un día, Jesús dijo a sus discípulos: “La mies a la verdad es mucha, pero los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies” (Luc. 10:2). A menos que estemos dispuestos a ser uno de los obreros, no tiene sentido que oremos pidiendo algo así. Aunque Dios obra de manera misteriosa, su forma de obrar suele incluir a las personas, es decir, a usted y a mí.

Cierto día escuché una entrevista radiofónica a Joni Earickson-Tada y su esposo. En ella explicaban cómo, antes de visitar a los amigos, oraban para que Dios les inspirase palabras de aliento para los demás.

Al escucharlos, me conmoví. Suelo orar antes de hacer una visita personal o antes de ir a dar un estudio bíblico, pero no había pensado en orar antes de ir a visitar a los amigos. Me pregunto qué pasaría si, antes de precipitarnos en el automóvil para ir a visitarlos, oráramos para que Dios nos ayudara a conseguir que nuestra actitud y nuestras palabras fueran un consuelo y un aliento espiritual para la familia.

En cierta ocasión, Francisco de Asís invitó a un joven fraile para que lo acompañara por las calles de la ciudad. Honrado por haber recibido tal invitación, el fraile aceptó sin poner inconvenientes; de manera que él y Francisco pasaron el día deambulando por las calles, los callejones, las avenidas e incluso los suburbios. Se toparon con cientos de personas. Al anoecer, los dos regresaron a casa. Francisco no había hablado ni una sola vez a la multitud y tampoco le había hablado a nadie del evangelio. Profundamente decepcionado, su joven compañero dijo:

–Pensé que íbamos a la ciudad para predicar.

Francisco respondió:

–Hijo mío, hemos predicado. Predicábamos mientras caminábamos. Muchos nos vieron y observaron de cerca nuestro comportamiento. Si no predicamos por todas partes mientras andamos, ¿no tiene sentido ir a ningún lado a predicar!

# La oración es una forma de vida

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Orad sin cesar”  
(1 Tesalonicenses 5:17).

**LA ORACIÓN** es más que el tiempo que pasamos a solas con Dios; es más que las palabras que le decimos a Dios. La oración es una forma de vida, una comunión constante con nuestro Padre celestial.

Sin embargo, sería erróneo concluir que, por tanto, no es necesario que pasemos un tiempo específico con Dios. Mi esposa y yo hablamos todo el día: mientras desayunamos, mientras damos el paseo matutino, incluso cuando estamos en casa haciendo nuestras tareas diarias. Pero si esas fueran las únicas ocasiones en las que hablaríamos, ¿cuándo podríamos compartir nuestros sentimientos más profundos? ¿Cuándo podría yo mirarla a los ojos y saber que tengo toda su atención? Un momento especial a solas con Dios en la devoción personal es absolutamente esencial para mantener una relación vibrante con él.

El mejor momento para estar con Dios es a primera hora de la mañana. Si bien puede ser inspirador, no es menos cierto que escuchar que alguien se levanta a las cuatro de la madrugada para pasar dos horas en oración puede llegar a intimidar. Puede dar la sensación de que, para ser alguien en sentido espiritual es preciso levantarse antes del alba y que quien no lo hace así es un enclenque espiritual. El alarde de nuestras prácticas religiosas puede convertirse en causa de desaliento para los demás. Con parábolas y ejemplos, Jesús mostró que el tiempo de adoración tiene que ser privado y secreto; no tiene que ser exhibido ante los demás como una señal espiritual de valor.

Para aquellos que no son especialmente madrugadores –que son bastantes– me atrevería a decir que si no se es capaz de levantarse a las cuatro de la madrugada y pasar un tiempo de calidad con Dios, lo más aconsejable es pasarlo nada más levantarse, sea a la hora que sea. Eso no es “ser vistos por los hombres” (Mat. 6:5) sino sobrevivir. Aunque ayer comí, bebí y respiré, mi bienestar físico, mi existencia, demanda que yo coma, beba y respire cada día. Con la vida espiritual sucede lo mismo. Recuerde que, en el desierto, los israelitas que habían guardado el maná de un día para otro descubrieron que estaba infestado de gusanos. Cada día tenemos que pedir a Dios nuestro pan diario.

John Bunyan escribió: “El que huye de Dios por la mañana, difícilmente lo encontrará el resto del día”.

## ¿Tiene tiempo?

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Nada hay oculto que no haya de ser manifestado, ni escondido que no haya de salir a luz” (Marcos 4:22).

**EN NUESTRO AJETREADO MUNDO**, encontrar tiempo para la oración y la adoración personal es un reto. Aparentemente, hace años disponíamos de más tiempo para meditar y reflexionar. Por la noche, tras la puesta de sol, poco se podía hacer si no ir a dormir. Ahora, con las comodidades modernas como la luz eléctrica, la radio, la televisión y las computadoras, es más que probable que pasemos las horas vespertinas viendo las noticias o entreteniéndonos ante una pantalla. La mayoría afirma que no dispone de tiempo para la adoración.

¿Piensa usted que los únicos que tienen ese problema son los que se sientan en los bancos de la iglesia y que el clero, en cierto modo, ha conseguido vencerlo? No lo crea. En una revista religiosa se dio el dato de que un pastor promedio dedicaba solo tres minutos al día a orar (*Christianity Today*, 6 de abril de 1979).

Hace poco, me entristeció saber que una de mis amistades había dejado de amar a su esposa. Al parecer, se había enamorado de otra mujer. No es que yo no supiera que esas cosas suceden, pero en este caso mi amigo era una persona aparentemente consagrada que tenía la costumbre de levantarse temprano para orar con otros antes de empezar las labores del día. Cuando me enteré de lo sucedido, me pregunté cómo es posible que una persona pueda levantarse temprano y pasar un tiempo con Dios a la vez que permite que su relación con su esposa se deteriore hasta la ruptura.

Si algún momento hay en que es conveniente sacar a relucir los trapos sucios es, precisamente, mientras estamos con Dios; porque “el que oculta sus pecados no prosperará, pero el que los confiesa y se aparta de ellos alcanzará misericordia” (Prov. 28:13). Dios ya conoce el corazón. Por desgracia, es probable que mi amigo, o bien sintiera demasiada vergüenza de hablar de su problema al Señor o bien pensara que el tiempo que pasaba en oración era lo único que le importaba a Dios. Al orar también tenemos que ser sinceros con el Señor. “Nada hay oculto que no haya de ser manifestado, ni escondido que no haya de salir a luz” (Mar. 4:22).

Háblele con franqueza y abiertamente.

# La oración cambia las cosas

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“En él vivimos, nos movemos y somos”  
(Hechos 17:28).

**LA ORACIÓN** jamás estuvo destinada a ser un fin en sí misma o un acontecimiento más en la vida diaria. La oración es un medio para un fin; nos ayuda a vivir en santidad.

Nicolás Herman de Lorena nació en la Francia del siglo XVII. En su juventud fue soldado, pero más tarde ingresó en un monasterio. Se lo recuerda como el hermano Laurent y su contribución a nuestra vida es que nos inspiró a “practicar la presencia de Dios”. Para el hermano Laurent, las horas de oración no eran distintas de las demás. Comía a una hora determinada, trabajaba a una hora precisa, se bañaba a una hora concreta y oraba a una hora exacta. Para él la oración se convirtió en un estilo de vida, un hecho inamovible de su día a día.

Mi esposa y yo llevamos casados ya cincuenta años. Además de nuestra relación, el compromiso mutuo que Betty y yo tenemos también afecta a todo lo que hacemos. Aunque es evidente que los matrimonios en los que hay poca o ninguna comunicación están en peligro, tampoco es necesario que mi esposa y yo hablemos continuamente. Nuestra comunión es más que solo palabras, es un estilo de vida. Y lo mismo ocurre con nuestro compromiso con Jesús. Nuestra vida tiene que ir más allá de las oraciones y pasar a los actos. No basta con hablar con él, es preciso vivir para él.

Se han realizado encuestas preguntando a la gente por qué ora. Los resultados son a la vez alentadores y decepcionantes. Si bien la mayoría de las personas entrevistadas dijeron que oran –la mayoría de ellos cada día– la oración parece tener poco efecto en la dirección que toma su vida.

Muchas personas han dividido su vida en dos compartimentos. Por un lado tienen lo que ven como vida espiritual y por otro, una vida secular. La vida espiritual está centrada en Dios y la vida secular gira en torno al mundo. El equilibrio es imposible. Somos una cosa o la otra, pero no las dos a la vez.

Una vida verdaderamente espiritual será aquella que, además de empezar el día con Dios, incluye andar con él todo el día. La verdadera vida religiosa del cristiano es una demostración práctica del texto que dice que “en él vivimos, nos movemos y somos” (Hech. 17:28).

Lleve a Dios consigo en todo lo que haga.

# La oración nos cambia

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:2).

**PARA LOS PADRES** y los abuelos, la angustia por la salvación de sus seres queridos es una pesada carga. Inclúyame a mí. Cada día, a veces con lágrimas, en oración, los presentamos ante el Señor y le pedimos que los haga regresar a la iglesia, que los libere de influencias y hábitos dañinos; en pocas palabras, que los cambie.

No obstante, quizá la primera persona a quien debemos presentar ante el Señor seamos nosotros mismos. ¿Cómo? ¿Acaso no sería egoísta? Es cierto que no tenemos que centrar las oraciones en nosotros mismos, pero pedirle al Señor que lo cambie todo y a todo el mundo es incompatible con el espíritu de la oración.

Quizá piense: “Este hombre no entiende nada. Soy como soy por mi esposa. ¿Cómo puede el Señor cambiarme a mí si antes no la cambia a ella?”.

Orar para que alguien cambie me recuerda la historia de un jovencito al que lo habían enviado a su habitación porque se había portado mal. Al poco rato, salió y dijo a su madre:

–He estado pensando en lo que hice y he orado.

–Eso está bien –dijo ella–; si le pides a Dios que te haga ser bueno, te ayudará.

–Ah, no. No le he pedido que me ayude a ser bueno –respondió el muchacho–. ¡Le pedí que te ayude a soportarme!

Nuestra vida, la de usted y la mía, puede cambiar tanto si nuestros cónyuges o nuestros hijos cambian como si no. He visto muchos casos en los que las esposas y los esposos, antes de que se produjera un cambio, han tenido que orar por su cónyuge a veces durante años. Pero el cambio más importante de todos fue el cambio que el Señor obró en ellos durante esos años de oración.

Cuando nos cambia, el Señor no se limita a remodelarnos. La nueva vida en Cristo no se aplica sobre la antigua. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas” (2 Cor. 5:17).

No se limite a “repintar” su experiencia cristiana, vívala.

# La Biblia es nuestro libro de texto

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Mi escondedero y mi escudo eres tú. En tu palabra he esperado” (Salmo 119:114).

**ESTOY CONVENCIDO** de que el aspecto más importante de nuestra vida de oración personal es el arrepentimiento. Jesús prometió que enviaría el Espíritu Santo y lo primero que sentiríamos cuando viniese es que seríamos convencidos de pecado.

De hecho, hay bendiciones que vienen por el ayuno, otras por orar toda la noche y otras por dedicar cada mañana dos horas a la oración. Pero es posible que alguien sea capaz de hacer todas estas cosas y, sin embargo, no poner el corazón en ello. Las Escrituras advierten que es posible mantener una piedad formal y, a la vez, negar el poder que hay en ella (ver 2 Tim. 3:5). La prueba final de la oración efectiva es una vida cambiada. Jesús lo expresa de otra manera: “Así que por sus frutos los conoceréis” (Mat. 7:20).

Es posible que, en gran parte, la oración acabe por convertirse en un hábito según el cual oramos pidiendo cosas equivocadas o pedimos cosas correctas pero con un motivo equivocado. “Pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos” (Rom. 8:26). Por esa razón es preciso que, constantemente, recurramos a la Palabra de Dios para establecer los términos de referencia de nuestras oraciones. Si bien el Espíritu Santo llama a la puerta del corazón y nos llama a la oración, la Biblia siempre tiene que ser el libro de texto que nos enseñe qué tenemos que pedir en oración.

En cierta ocasión, una joven me dijo que salía con una persona que profesaba otra fe. Cuando sus amigos se lo desaconsejaron, ella respondió que no había nada malo porque estaba orando al respecto. ¿Sus oraciones estaban de acuerdo con la Palabra de Dios?

“La oración es rendición: rendición a la voluntad de Dios y cooperación con esa voluntad. Si arrojo un ancla por la borda y, aferrándome a ella, tiro, ¿se acercará la orilla hacia mí o yo me acercaré a la orilla? La oración no es llevar a Dios a mi terreno, sino alinear mi voluntad con la de Dios” (E. Stanley Jones, *Liberating Ministry From The Success Syndrome* [Liberando el ministerio del síndrome del éxito]; Tyndale: K. Hughes [1988], p. 73).

¿Son sus oraciones conformes a la voluntad de Dios revelada en su Palabra?

## Alegría en lugar de tristeza

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“También vosotros ahora tenéis tristeza, pero os volveré a ver y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo” (Juan 16:22).

**ALGUNAS PERSONAS** saben atrapar monos sin hacerles daño. Introducen un maní en una jarra de cerámica. En poco tiempo, un mono llega y lo huele. Luego mirará dentro de la jarra y verá el maní en el fondo. Como quiere comerlo, el mono introduce la mano en la jarra y, cerrando el puño, lo agarra. Pero el puño es demasiado grande para que pueda pasar por el cuello de la jarra y el mono es demasiado avaro como para soltar el maní. Así, el mono queda atrapado; y todo porque no quiso soltar un mísero maní.

Podemos liberarnos de todas nuestras cargas y penas; basta con que las soltemos y se las demos a Jesús. Él tomará nuestro dolor y lo convertirá en alegría que nadie nos podrá quitar.

La oración sincera suele ser el resultado de un corazón quebrantado. El corazón que busca al Señor con toda su fuerza es el corazón contrito; por lo que el corazón permanentemente contrito es condición indispensable para la oración sincera. “Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón y salva a los contritos de espíritu” (Sal. 34:18). “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Sal. 51:17). “Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad y cuyo nombre es el Santo: `Yo habito en la altura y la santidad, pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu, para reavivar el espíritu de los humildes y para vivificar el corazón de los quebrantados” (Isa. 57:15).

En cierta ocasión hablaba con una persona que había perdido el celo por andar con el Señor. Le pregunté por su vida de oración. Me respondió que había dejado de orar porque sabía que, si lo hacía, en su vida se producirían cambios y eso le daba miedo.

La oración sincera ablanda el corazón más duro. Por lo tanto, el mayor error que podemos cometer es el error de dejar de orar.

El Señor quiere cambiar su sufrimiento por gozo. Si tal es su deseo, deje que él lo haga.



# Libérese de sus cargas

*Basado en Lucas 18:1 al 8*

“Los gentiles se angustian por todas estas cosas, pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas ellas” (Mateo 6:32).

**LOS CRISTIANOS TENEMOS** el privilegio de echar nuestras preocupaciones sobre el Señor (ver 1 Ped. 5:7), porque nuestro Padre celestial conoce y entiende nuestras necesidades. Echar no es poner con cuidado o suavemente. Significa arrojar con fuerza, levantar, lanzar, como un niño que se deshace de su mochila después de la escuela o un jardinero que tira un saco de malas hierbas a la basura. Esto no es lo mismo que invitarnos a mostrarnos irrespetuosos con Dios, sino que implica que podemos aliviarnos de un peso que hemos estado cargando.

Cuando yo era niño, no era raro que los agricultores utilizaran bestias de tiro para arar y cultivar los campos. Cierta día observaba a un joven mientras trabajaba con su caballo. Mi vecina dijo:

–¿Ves ese joven? Es muy nervioso. A veces, cuando tiene un ataque toma un palo y golpea al caballo.

Quedé horrorizado. Le pregunté a mi vecina qué hacía el caballo cuando el joven lo golpeaba. La vecina respondió:

–La bestia entiende que algo va mal con el dueño y, sencillamente, se queda quieta y espera.

Nuestro Dios es “fuerte, misericordioso y piadoso” (Éxo. 34:6). Aunque experimentemos un ataque de ira somos libres de contarle cómo nos sentimos. Él nos escuchará. No nos regañará ni nos despreciará. Para los que le buscan con todo su corazón, tendrá misericordia y será “amplio en perdonar” (Isa. 55:7).

He descubierto que, a veces, cuando me guardo mis sentimientos y no sé orar, leer un pasaje de los Salmos me puede ayudar a expresarme. Nadie puede expresarlo mejor que David cuando exclamó: “Te glorificaré, Jehová, porque me has exaltado y no has permitido que mis enemigos se alegren de mí. Jehová, Dios mío, a ti clamé y me sanaste. Jehová, hiciste subir mi alma del seol. Me diste vida, para que no descendiera a la sepultura. ¡Cantad a Jehová, vosotros sus santos, y celebrad la memoria de su santidad!, porque por un momento será su ira, pero su favor dura toda la vida. Por la noche durará el lloro y a la mañana vendrá la alegría” (Sal. 30:1-5).

# Participe

*Basado en Lucas 10:1 al 8*

“Cuando Job hubo orado por sus amigos, Jehová le quitó la aflicción” (Job 42:10).

**HACE UNOS AÑOS** escribí un libro titulado *Lord Keep Your Mansions – Just Save My Children* [Señor, quédate con tus mansiones, pero salva a mis hijos]. En él hablo de algunos de los desafíos a los que, con el transcurso de los años, mi esposa Betty y yo hemos tenido que enfrentarnos para educar a nuestros cuatro hijos. Tanto en los buenos momentos como en los malos, se nos hizo evidente que, si Dios tenía que responder a nuestras oraciones por nuestros hijos, solo sería con nuestra cooperación y, en ocasiones, nuestra participación directa.

Nos dimos cuenta de que hay momentos en los que, además de no poder resolver un problema en particular, se corre el riesgo de empeorarlo. A veces, la mejor manera de cooperar es no hacer ni decir nada en absoluto. “Señor, bendice mi familia” es una noble oración, pero si el Señor tiene que bendecir a nuestra familia, también tendremos que considerar cómo podemos colaborar con él para que eso sea posible.

A veces, cuando en la familia, en la iglesia o en el trabajo hay un problema, queremos llevarlo ante el Señor tomándolo con la punta de los dedos, el brazo bien estirado y tapándonos la nariz con la otra mano. En otras palabras, de tanto que apesta el problema, no queremos implicarnos personalmente.

Canturreamos el estribillo: “Lleva tus cargas al Señor y déjalas”, le endosamos el problema al Señor y echamos a correr tan rápido y tan lejos como podemos; cuanto más deprisa y más lejos mejor.

Luego evitamos a la persona con la que tenemos el problema como si de un infectado se tratara. Si la vemos en el supermercado, cambiamos de pasillo; si sospechamos que quien está llamando al teléfono es esa persona, no atendemos; y, si alguien menciona su nombre, desviamos el tema de conversación.

¿Cómo esperamos que el Señor alcance a esa persona si no a través de quienes la conocen? ¿Qué piensa usted de quien abandona a su familia cuando el dinero se acaba? ¿Acaso seremos distintos si abandonamos a un amigo o a un familiar cuando las cosas van mal en su vida?

Tenemos el privilegio de llevar a nuestros familiares y amigos ante el Señor. Cuando lo haga, inclúyase usted mismo en la oración. Pídale al Señor que lo use del modo que él crea más conveniente para responderle.

# ¿Orgullosa o humilde?

*Basado en Lucas 18:9 al 14*

“Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su debido tiempo” (1 Pedro 5:6).

**CUANDO MI ESPOSA** y yo damos un paseo por el vecindario, pasamos junto a un mandarinerero. Las mandarinas tienen un aspecto muy tentador: son redondas, de color naranja brillante y abundantes. En varias ocasiones he alargado la mano y he tomado una mandarina con la esperanza de que fuera dulce y jugosa. Sin embargo, cada vez la recompensa es un sabor amargo y ácido. El árbol, que obviamente es viejo, ha vuelto al estado silvestre y sus frutos son incomedibles. Más de una vez he caído en la tentación de tomar una mandarina; pero, indefectiblemente, acabo arrojándola con desagrado. Las cosas no siempre son lo que parecen.

Tenga en cuenta la historia que Jesús contó de los dos adoradores: un fariseo y un publicano. Los fariseos pertenecían a una secta estricta del judaísmo y los publicanos eran recaudadores de impuestos menospreciados por todos, judíos que cooperaban con los romanos para obtener un beneficio personal. A simple vista, nos encontramos ante el principio de una historia de un hombre bueno contra otro malo, de un justo contra un pecador. ¿Pero quién es quién? Recuerde, las cosas no siempre son lo que parecen.

Jesús dijo que ambos adoradores subieron a la colina del templo para orar. El fariseo fue al templo para que la gente lo viera orar, el publicano fue con la esperanza de que nadie se apercebiera de su presencia entre la multitud; el fariseo fue para guardar las apariencias, el publicano fue para hacer una petición.

Los destinatarios de esta parábola de Jesús eran una clase determinada de personas. A esas personas les gustaba la santurronería y estaban orgullosas de ello. Se dio cuenta de cómo trataban a quienes consideraban que pertenecían a una clase inferior. Vio su arrogancia incluso cuando pretendían adorar. Sabía que hacían gala de ello para impresionar a Dios y a los hombres.

Dios es el Dios de los encumbrados y de los humildes. “Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad y cuyo nombre es el Santo: “Yo habito en la altura y la santidad, pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu, para reavivar el espíritu de los humildes y para vivificar el corazón de los quebrantados” (Isa. 57:15).

Ser humilde no significa pensar menos en uno mismo que en los demás y tampoco tiene nada que ver con tener una baja opinión de los propios dones. Es la libertad de pensar en uno mismo del modo que sea.

## ¿Amargo o dulce?

*Basado en Lucas 18:9 al 14*

“El que piensa estar firme, mire que no caiga”  
(1 Corintios 10:12).

**DOS ADORADORES** están de pie: un fariseo y un publicano. Ambos saben de la presencia del otro, por lo que el fariseo se pavonea. Se pone en pie y ora para sí. Aunque el fariseo se dirige a Dios, la suya no podría llamarse oración. Es un inventario de todas sus supuestas buenas obras. Está totalmente centrado en sí mismo, no contempla nada que no sea su yo y su propia alabanza, no la gloria de Dios.

Dice muchas cosas buenas de sí mismo que, suponemos, pueden ser ciertas. No es un ladrón, ni injusto o adúltero; tampoco es como ese miserable publicano que se ha quedado en una esquina. Ayuna dos veces por semana y da el diezmo de todo lo que tiene. ¿Qué más podría querer el Señor de él? Cuando termina su recital, se envuelve con su manto para protegerse de la turba y cruza majestuosamente la multitud. Es como una de esas mandarinas: de aspecto agradable, pero de interior amargo y repulsivo.

El publicano, en cambio, se mantiene a distancia, consciente de su indignidad para acercarse a Dios. Expresa su arrepentimiento y su humildad. Apenas osa levantar los ojos al cielo y no se atreve a levantar las manos, como sería habitual en la oración. En su lugar, se golpea el pecho y dice: “Dios, sé propicio a mí, pecador”.

Jesús dijo: “Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro”. Jesús sabe qué mandarina es la dulce.

“El fariseo y el publicano representan las dos grandes clases en que se dividen los que adoran a Dios. Sus dos primeros representantes son los dos primeros niños que nacieron en el mundo. Caín se creía justo y solo presentó a Dios una ofrenda de agradecimiento. No hizo ninguna confesión de pecado y no reconoció ninguna necesidad de misericordia. Abel, en cambio, se presentó con la sangre que simbolizaba al Cordero de Dios. Lo hizo en calidad de pecador, confesando que estaba perdido; su única esperanza era el amor inmerecido de Dios. [...] La sensación de la necesidad, el reconocimiento de nuestra pobreza y pecado, es la primera condición para que Dios nos acepte” (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 117, 118).

*Señor, haz de mí una dulce bendición para los demás.*

# El gobernante acongojado

*Basado en Lucas 18:18 al 23*

“Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (Mateo 19:29).

**EL JOVEN RICO** había estado observando cómo Jesús bendecía a los niños y su corazón fue tocado. Tenía una alta opinión de sí mismo; sin embargo, sentía que algo le faltaba. A lo mejor, si Jesús ponía también sus manos sobre él y lo bendecía... Arrodillado a sus pies, le planteó la gran pregunta que tendría que preocuparnos a todos y cada uno de nosotros: “¿Qué me falta para ganar el cielo?”. Le hizo la pregunta a la persona correcta. Solo hay una manera de llegar al cielo y es a través de Cristo.

Jesús le dijo al joven que, si quería la vida eterna, era necesaria la obediencia a los mandamientos de Dios; a lo cual, el dignatario le respondió que eso ya lo hacía desde su niñez. Si el dignatario hubiese entendido el alcance y la naturaleza espiritual de la ley y las obras de su corazón, habría dicho: “Todo eso lo he quebrantado desde mi juventud con el pensamiento, con las palabras y con los actos”.

Si el dignatario hubiera amado de verdad a Jesús lo habría abandonado todo y lo habría seguido, costase lo que costase. Si realmente hubiera amado a sus hermanos, habría distribuido sus riquezas entre los pobres. Si hubiera abandonado el mundo realmente, no habría dudado en vender sus posesiones. Si realmente hubiera querido ir al cielo, no habría buscado otra cosa que hacerse un tesoro en él.

Hay mucha buena gente a la que un solo pecado le impedirá acceder a la salvación. Muchos que jamás dejarían a Jesús, de hecho, ya lo están dejando. Después de largo tiempo debatiéndose entre sus convicciones y sus corrupciones, estas últimas acaban por ganar la batalla. Los entristece sobremanera no poder servir a la vez a Dios y al dinero. En el camino al cielo, las riquezas son para muchos un gran obstáculo. Si el dignatario no hubiese sido tan rico, lo habría dejado todo y habría seguido a Cristo.

Quienes han renunciado a una herencia y a la familia por causa del reino de Dios gozarán del consuelo del Espíritu Santo, del placer de la comunión con Dios y una conciencia tranquila; ventajas que pagan con creces la pérdida. Sin embargo, eso no es todo; en el mundo venidero recibirán la vida eterna.

# Un hospital para pecadores

*Basado en Lucas 19:1 al 10*

“Id, pues, y aprended lo que significa: ‘Misericordia quiero y no sacrificios’, porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Mateo 9:13).

**PROBABLEMENTE USTED** haya escuchado la expresión: “La iglesia no es una casa de reposo para santos, sino un hospital para pecadores”. Durante años, yo no entendía lo que eso significaba. Entendía, sí, que la iglesia no es una casa de reposo. Los que queremos ser santos no tenemos que pensar en la iglesia como en un lugar al que ir, sentarse en una mecedora y dejar que los demás se ocupen de uno. Nunca tenemos que abandonar el servicio cristiano. Pero no tenía claro por qué la iglesia es un hospital para pecadores. Pensaba que significaba que si alguien quiere pecar tiene que ir a la iglesia.

Pero no se trata de eso. Quien está enfermo va al hospital para que lo curen y lo curen mientras está ingresado y luego vuelve a hacer vida normal. La gente no se retira a descansar en los hospitales. Un hospital no es una residencia. Todos somos pecadores y la iglesia es donde vamos a curarnos por la gracia de Jesús.

Si bien la iglesia no es una casa de reposo para santos, tampoco es un asilo para pecadores. Una de las funciones de los asilos es acoger a enfermos terminales para que pasen sus últimos días. Pero la iglesia no es un lugar donde los pecadores vienen a quedarse tal como están hasta que mueren. El evangelio de Jesús no nos salva *con* nuestros pecados, *o a pesar* de nuestros pecados, sino *de* nuestros pecados (Mat. 1:21).

Cuando nos convencemos de pecado, nos damos cuenta de que no podemos continuar tal como estamos. También sabemos que Dios no excusa nuestros pecados como si no pasara nada. Dios sería débil o injusto si permitiera que persistamos en nuestros pecados. Que, al perdonar nuestros pecados, Dios nos dé una vida nueva y santa es algo magnífico. El apóstol Pablo escribió: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? ¡De ninguna manera! Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Rom. 6:1-2).

Al fin y al cabo, tanto los que se pierden como los salvados tienen algo en común: todos son pecadores. La diferencia fundamental será que los salvados querían salir del pecado y Jesús los salvó. Los perdidos disfrutaban con el pecado y rechazaron la cura que, misericordiosamente, les ofreció Jesús.

# Ven conmigo a casa, Jesús

*Basado en Lucas 19:1 al 10*

“¡Ojalá siempre tuvieran tal corazón, que me temieran y guardaran todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuera bien para siempre!” (Deuteronomio 5:29).

**ZAQUEO ERA UN JUDÍO** que recaudaba impuestos para el gobierno romano. Sus propios paisanos lo odiaban porque se había enriquecido con los impuestos que les cobraba de manera fraudulenta.

Cierto día, Zaqueo, sabiendo que Jesús pasaría por Jericó, su ciudad, quiso ver qué aspecto tenía. Su corta estatura no le permitía ver por encima de las cabezas de los que lo rodeaban. Aunque debió sentir vergüenza, trepó a un árbol para poder tener buena visión de lo que sucedía. Con todo, imagine cómo debió sentirse cuando Jesús, deteniéndose debajo del árbol, dijo: “Zaqueo, baja que quiero ir a tu casa”. En aquel mismo lugar y preciso instante el odiado publicano le entregó su corazón.

Inmediatamente, Zaqueo anunció que repararía el daño que había causado a quienes había ofendido. Entonces nadie podría decir: “Aunque ese individuo parezca una buena persona jamás olvidaré el día en que me estafó”. Jesús dijo que, aquel mismo día, la salvación había entrado en casa de Zaqueo.

La salvación es inmediata. Por las palabras de Jesús sabemos que basta un instante para que la salvación entre en el corazón de una persona. Por más que la santificación sea obra de toda una vida, la salvación se declara en un instante. En un instante el alma puede pasar de la más absoluta oscuridad a la luz. Al principio, la luz no es tan intensa como al mediodía. ¿Quién de nosotros puede decir que hemos llegado a ese punto? Sin embargo, en el momento en que nos alejamos del pecado y miramos a Jesús, la luz empieza a alcanzar todos los rincones.

La salvación es visible. Jesús la vio en Zaqueo y este la vio en sí mismo. Aquel día, todos los que estaban alrededor del árbol vieron el cambio que se había operado en él. Nadie puede ser salvo sin que todo el mundo vea el cambio que se produce en su interior.

Usted y yo no tenemos que subir a un árbol para ver a Jesús. Podemos verlo cada día en su Palabra.

*Jesús, gracias por aceptar vivir en mi corazón. No quiero solamente que te quedes en mi corazón, sino que vivas en casa, conmigo. Quiero que la salvación venga a mi casa y a mi familia.*